

Farole, farole

EL PUNTO CIEGO
NIA ESTÉVEZ



Cuando la estética pasa por encima de cualquier gesto original, el riesgo de apropiación y banalización es tan alto que casi podríamos decir que está garantizado.

La noche de los farolillos reunió estos días atrás la nada desdeñable cantidad de tres mil farolillos. Por suerte, nuestra conciencia ecológica nos obliga a que sean biodegradables. Elevar farolillos iluminados con un deseo –pensado o escrito– es un espectáculo lumínico breve, pero fotografiado, que deja un poco traspuesto al espectador pensando en sus cosas o animando al de al lado a mirar.

Supongo que la mayoría habrá oído en alguna ocasión que ese ritual tiene origen asiático. Por detallar un poco más, ese gesto comenzó como una estrategia militar para enviar mensajes a larga distancia allá por los siglos primero y segundo (d. C.). Es cierto que con el paso del tiempo fue abandonando el uso bélico para integrarse como algo religioso o en el Año Nuevo chino. Qué pensarán los chinos cuando nos vean a todos lanzando faroles en diciembre. La filosofía asiática es bastante profunda y tiene un respeto muy hondo hacia los simbolismos. En el caso de los faroles, una luz que sirve de guía, un ascenso que conecta lo humano y lo divino, y un deseo como ofrenda a los antepasados. Me da a mí que pocos de los lanzadores de luz que se acumularon en el río estaban pensando en otras cosas que no fueran cuestiones mundanas y eso ocurre por la costumbre de sumarnos a gestos que nos atraen más por la estética que por el significado (que la mayoría desconoce). No somos los únicos apropiadores de gestos: Japón, Tailandia, Taiwán también lanzan los faroles, aunque hay que decir que ellos siguen respetando los orígenes y el uso está más destinado al homenaje a sus antepasados que al propio espectáculo. En Occidente somos más prácticos y tendentes a olvidar los gestos importantes y, de todas formas, el contexto religioso ya está integrado en todo lo que rodea a estas fechas, aunque sería interesante sumarle a lo católico un poco de cultura viva en cuanto a comprensión, respeto o conciencia. Teniendo en cuenta que al catolicismo y su doctrina nos hemos acostumbrado ya, igual cambiando de religiones de cuando en cuando, le recordaríamos a personas como Albiol que los muebles que ha sacado de aquel edificio viejo de su ciudad respiran y les late el corazón, a ver si así pasamos de la prédica a acciones más humanas. El caso es que, pensándolo mejor, lancemos faroles indiscriminadamente, a ver si conseguimos para el próximo año que no se tengan en cuenta las propuestas para eliminar en Extremadura las ayudas destinadas a políticas de igualdad ni la derogación de la ley LGTBI regional. Y es que a la jefa de la Junta se le está poniendo difícil, sobre todo sabiendo que palabra tiene poca y las intenciones son como los farolillos del río, que se los lleva el aire.

No me llamen iluso... aunque tenga ilusión

JUAN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Extremadura

La relevancia de la convocatoria y la elocuencia de los resultados obtenidos en las recientes elecciones extremeñas podrían impulsar una reflexión sobre comportamientos políticos –no sólo a escala regional– y sobre el sentido de la política, la política sinsentido o, lo inconfesado por algunos, el sinsentido de la política. Resulta altamente preocupante la naturalidad con que se defiende la posibilidad de gobernar sin presupuestos –a la vista está que se puede, otro asunto es que se deba– o que, ante la incapacidad gubernamental de alcanzar consensos en aspectos fundamentales, resulte preferible recurrir a pactos contra-natura, en lugar de someterse a una moción de confianza o convocar elecciones. También produce inquietud que se califique de incómoda ‘distracción’ la celebración de elecciones en unas fechas donde lo que cabría esperar de los ciudadanos es que acudan a lugares de ocio y consuman en grandes almacenes; o que la ‘culpabilidad’ del ascenso y declive de determinados partidos sea consecuencia de la convocatoria electoral, y no de la libre voluntad ciudadana expresada en las urnas. ¡Qué preocupante, también, la infantiloides consideración que de la ciudadanía parecen tener ciertos políticos a tenor de sus declaraciones, aunque quepa atribuirles a alguna que otra traición del subconsciente!

En Extremadura ha habido doce elecciones autonómicas desde 1983. En los comicios celebrados recientemente vuelven a ser cuatro las fuerzas políticas en la Asamblea, y el PP ha ganado ampliamente las elecciones sin alcanzar la mayoría absoluta; pero, por primera vez en estos 40 años, y tras el estrepitoso fracaso del PSOE –que pasó en 2023 de 34 a 28 diputados, y a 18 en 2025– los partidos de izquierda son claramente minoritarios en la Asamblea, con tan sólo el 39 % de los escaños. Por ello, lo más relevante de estas elecciones no puede ser el ‘fracaso’, atribuido por los otros partidos, del Partido Popular al no conseguir la mayoría absoluta –objetivo quimérico nunca alcanzado, y que no parece razonable que persiguieran verdaderamente los populares– sino la constatación de que la fuerza parlamentaria ejercida por el PSOE no merecía ya la confianza ciudadana concedida en 2023, dada la crisis galopante que viene padeciendo el partido y alguno de sus dirigentes. Y así quedó de manifiesto: los ciudadanos dieron su respaldo mayoritario, pero no la apetecida mayoría absoluta, al PP concediéndole un diputado más que en 2023, y un número mayor de escaños que el obtenido por las fuerzas de izquierda juntas, PSOE y Unidas por Extremadura, formación esta última que alcanzó un meritorio respaldo popular. El electorado ha castigado ostensiblemente al PSOE, liderado por un candidato imputado, que al no poder o querer regenerarse antes de las elecciones, tendrá que hacerlo ineludiblemente después. Haciendo de la



necesidad virtud, el PSOE podría convertirse en el principal instrumento para desatascar la complicada situación política poselectoral, considerando que, bien gestionada, su ‘generosidad’ a corto plazo podría catapultarle a recuperar la condición de alternativa de gobierno que siempre le caracterizó. Y todo ello, teniendo en cuenta que las formaciones situadas históricamente a la izquierda del PSOE ya han demostrado su versatilidad a la hora de contribuir a la gobernabilidad de Extremadura, asumiendo los resultados electorales, y decidiendo lo que en cada momento consideraron mejor para la sociedad extremeña en su conjunto, aún siendo conscientes de que sus decisiones podrían suscitar cierta incompreensión e incluso rechazo en algún sector de su propio electorado.

Esto que decimos encuentra su razón de ser en el hecho de que, más allá de radicalismos verbales y desahogos populistas, Vox, el único partido situado desde 2023 a la derecha del PP, ya ha demostrado su escaso interés por mantener acuerdos y compromisos de gobierno, y su voluntad de imponer condiciones casi innegociables a posibles pactos. Su fuerza parlamentaria –11 diputados– le sitúa como un posible socio preferente del PP para formar gobierno, o para facilitar un gobierno de los populares muy condicionado por sus exigentes demandas. Pero también podría suceder que, por su discurso, comportamiento y actitudes, nada empáticos con ciertas conquistas democráticas y valores constitucionales, quedara relegado a una fuerza de oposición legítima, pero sin capacidad para influir directamente en el gobierno.

El PP podría mostrar su distancia de Vox; el PSOE, favorecer la investidura

Ese es el gran dilema que afrontan ya los otros tres partidos del arco parlamentario que, por encima de cuitas y rencillas, no deberían eludir responsabilidades ante el resultado final. Lo que trasciende, hasta el momento, resulta más que previsible, aunque el futuro siempre esté abierto a soluciones creativas y a la exploración de nuevos escenarios. Por ello, y sin renunciar a su ideario, el PP podría mostrar y demostrar su radical distanciamiento con los postulados innegociables de Vox y rechazar un compromiso político que pueda condicionarlo inexorablemente, al tiempo que proponga y asuma cauces de entendimiento con los otros partidos. El PSOE, mientras se regenera y fortalece, podría favorecer la investidura del PP en lugar de empujar a los populares hacia el entorno populista de Vox, al tiempo que se disponga a realizar una oposición sólida, constructiva, con argumentos que clarifiquen similitudes y diferencias en cuanto a proyectos concretos y modelo de sociedad. Y en igual medida podría ocurrir con Unidas por Extremadura. De esta manera, en la Asamblea rebrotaría con fuerza el sentido de la política, dejaría de practicarse esa política sin sentido a la que nos hemos ido acostumbrando, y se marcarían distancias con los que, aparentando lo contrario, no preconizan otra cosa que diseminar su convencimiento del sinsentido de la política. No quiero finalizar sin reconocer la posibilidad de que estas reflexiones que comparto con ustedes puedan calificarse de candidas o ingenuas, pero les rogaría, por favor, que no me llamen iluso porque tenga (o quizás padezca) una ilusión.